

un *ritornello*, diciendo que con valer muchísimo *Angel Guerra*, creo que no será de las obras de Galdós que más enamoren al público *grande*; y esto por culpas que pudieran llamarse accidentales; las más, en rigor, *cuantitativas*.



REVISTA LITERARIA

Resumen. — Cuentas atrasadas. — D. Manuel Cañete. — Salones literarios. — Libros nuevos y libros futuros.

HABÍA ofrecido á los lectores de *El Imparcial* hablar en esta revista de las últimas novelas publicadas por D. José Pereda y D. Armando Palacio; mas considerando que estos artículos deben tener cierta *actualidad*, aunque no sea la que necesitan la noticia diaria, la crónica semanal y otros semejantes trabajos periodísticos, prefiero aplazar el examen de dichas obras, puestas á la venta hace ya medio año, para el día en que vuelvan á ser asunto del momento por motivo de relación con nuevos libros de los mismos autores. De Pereda nada sé concretamente en cuanto á su próxima obra; no hago más que esperar y desear que no tarde en salir á luz algún nuevo fruto de este peregrino y castizo ingenio. De Palacio sé que den-

tro de poco tiempo, muy poco, publicará otra novela que se titula, según mis noticias, *La Fe*. Cuando tenga que hablar de *La Fe*, que se publicará simultáneamente en español, inglés é italiano, hablaré de *La Espuma*, de la cual sólo diré que mientras nuestros críticos apenas se dignaron examinar esa novela, en el extranjero ha sido objeto de muchos artículos; y, sin ir más lejos, la importantísima *Nouvelle Revue*, que dirige en París Madama Adam, la revista general más popular de Francia, consagra su último artículo, relativo á la literatura española, á *La Espuma*, de Armando Palacio, y á unos pocos más libros castellanos. No cabe duda que la crítica debe tener en cuenta, para sus juicios definitivos, los resultados de estas perspectivas lejanas.

Hay escritores que gozan una gloria que pudiera llamarse de *post-liminium*, y Armando Palacio es de estos.

Aunque en España se leen y aplauden sus novelas, no tiene comparación el grado de estima que ha conquistado entre sus compatriotas, á lo menos á juzgar por los ecos de la crítica, con el grado á que ha subido en el aprecio del público en otros países, por ejemplo, en los Estados Unidos y en gran parte de la América española. Se explica tal fenómeno por varias razones. Algunas son tristes para consideradas detenidamente; así

es que no haré más que indicárlas. Palacio es víctima de la envidia de muchos literatos, algunos muy notables, no sólo por lo envidiosos é intrigantes que saben ser, sino hasta por sus escritos. Además, Armando Palacio tiene cara de pocos amigos... literatos. Es muy amable, muy cortés con todos, con los gacetilleros inclusive; pero huye de la vida malamente llamada literaria; el arte para él no es un modo de actividad ordinaria, callejera; no es, menos, asunto de bandería, de colegio, de pandilla, de uniforme, de exhibición; no es literato más que cuando escribe... ó cuando habla con algún raro amigo de las dulces y misteriosas intimidades de la poesía. Le sobra sinceridad, y acaso le falta un poco de *caridad social*, para tratar sin disgusto con la turba multa que se tiene por representante de la vida artística. Cierta frialdad que el autor de *Maximina* no oculta, se la pagan escritores y críticos con *olvidos involuntarios*. Palacio apenas se entera de estas venganzas... porque apenas lee periódicos.

Ello es que con motivo, triste motivo, de las últimas vacantes de la Academia, se ha hablado de multitud de candidatos para llenar esas *plazas*... y hasta se ha hablado de autores ilustres que no han escrito ningún libro, ó han escrito alguno muy malo, cuya revisión sería cosa de verdadera gracia; de Armando Palacio, que ha publicado docena y

media de tomos de novelas; que es acaso el autor más traducido de los españoles contemporáneos; que tiene uno de los pocos nombres castellanos que suenan á algo por ahí fuera; que jamás ha insultado á Cánovas ni escrito contra la Academia, y que, por último, reside en Madrid; de Armando Palacio no se han acordado los que llegaron á indicar á tal poeta deplorable, á cuál traductor galiparlista, y al primer periodista que pasaba, y á varios ilustres escritores de los que no escriben libros por el fundado temor de que no se los lean. De Pereda no se diga. Nadie se ha acordado de él ahora para hacerle académico, porque... no tiene residencia en Madrid. Es muy hombre D. José para que vaya á cargar con sus penates y á poner casa en Madrid por el fútil atractivo de una plaza de académico. ¿Por qué no pueden ser académicos los literatos españoles que no residen en Madrid? Por cuestión de etiqueta, por pura fórmula. No es que positivamente se les exija la asistencia personal á las reuniones. El académico elegido puede marcharse de Madrid y no volver. El autor de las *Fábulas ascéticas*, el Sr. D. Cayetano Fernández, es, ó era (no sé si vive), chantre de la catedral de Sevilla, lo cual exige residencia en la diócesis; y por aquello de *duarum civitatum civis esse nemo potest*, el Sr. Fernández, que tenía que ser vecino de Sevilla, no podía serlo de Madrid...; y con todo,

era académico. Luego lo que se exige no es la realidad de la presencia en la corte para coadyuvar en los trabajos de la sociedad (lo cual podría hacerse también desde lejos, como lo hacen los académicos corresponsales); lo que se exige es una ceremonia, un pleito homenaje á la *centralización* literaria.

Es este uno de tantos motivos como contribuyen á que el *ser ó no ser* académico... *no sea la cuestión*.

En rigor, va siendo hasta ridículo hablar de ello...

Volviendo á las razones que hay, pues en eso estábamos, para que Armando Palacio no sea tan *gustado* en España como fuera de ella, recordaré lo que dice Hennequin combatiendo el exclusivismo de la teoría de Taine sobre la influencia del medio, del tiempo y de la raza. Hay, como afirma el malogrado crítico, personalidades artísticas refractarias á esa avasalladora influencia, y los tales parecen extranjeros en su patria.

Turguenev, por ejemplo, era menos ruso que otros ilustres literatos de su país y tiempo; Byron, menos inglés que muchos poetas célebres; Heine, más francés que alemán en muchos respectos; Amiel, más alemán que otra cosa; Paul Bourget, por su triste y dulce seriedad, es muy poco francés, y en la nueva generación literaria francesa

hay otros muchos ejemplos de este *extranjerismo*... nacional, si cabe hablar así. Muchas veces lo que no se tiene es el carácter de actualidad del país; se puede ser hasta más castizo pareciéndose poco á los nacionales contemporáneos. La literatura española, v. gr., ha perdido muchos rasgos de los más nobles y profundos que ostentó en otros días y que hoy son patrimonio de la vida espiritual de otros pueblos.

Por ejemplo, la íntima y seria y poética religiosidad realizada en el arte fué cosa muy castellana, y hoy en vez de eso... tenemos librepensadores de café y energúmenos de sacristía.

Nuestros folicularios se ríen de la piedad cristiana, y nuestros *neos* (como les llamamos) tienen su fe como un privilegio, y convierten la propaganda católica en polémica del orgullo.

Las novelas de Palacio tienen ciertos caracteres *extranjeros*, exigen en el lector un estado de ánimo, un género de capacidad reflexiva, un grado de sensibilidad y delicadeza del gusto que suelen faltar á la mayor parte de los españoles de nuestros días. Hoy las divinas *novelas ejemplares* de Cervantes parecen sosas ó malas. El mal gusto, la ignorancia, la falta de reflexión, son plagas nacionales en nuestro tiempo. Delicadezas y *matices* que sabría saborear un español bien educado de

antaño, y que hoy saborea el lector de otras tierras, pasan sin que los note el español de ahora, que ni lee lo extranjero, ni lee lo antiguo de su patria, y que confunde á los poetas y á los poetas-tros, á los sabios y á los charlatanes, á los novelistas y á los vendedores de opio, á poco que la *crítica* y la gacetilla estén interesadas en tales confusiones.

Una de las vacantes académicas de que tanto se habla, es la producida por la muerte del reputado crítico de *La Ilustración Española y Americana*, D. Manuel Cañete. En otro periódico he dedicado á la memoria del erudito escritor un artículo, que no quiero reproducir aquí con palabras diferentes. Mas no era posible pasar en silencio esta nueva desgracia de nuestras letras. Sí: desgracia, porque el Sr. Cañete representaba una cantidad positiva en el caudal de nuestra cultura; tenía en su abono el estudio serio, constante, la vocación literaria bien definida, aunque, á mi juicio, su fama y nuestro teatro hubieran ganado más con que el distinguido académico hubiera podido preferir el cultivo de las antigüedades y orígenes de nuestra dramática, materia en que trabajó con excelentes resultados, á la asidua colaboración periodística, que le obligaba á tratar de la crítica de actualida-

des, para la que le faltaban ciertas condiciones. De todas suertes, fué un hombre docto, un espíritu recto, un literato verdadero.

Una dama ilustre por sus talentos y sus obras pretende reanudar las tradiciones, no muy brillantes en España, de la particular institución social que suele llamarse *salones literarios*, por antonomasia. Ya se sabe que generalmente preside una mujer á esta clase de núcleos de cultura elegante, y que la idea capital del *salón literario* se refiere á la influencia que en la literatura llegue á tener el elemento femenino, como tal; la mujer ilustrada, inteligente, inclinada al estudio y al arte, pero como dama, no como *autor*, que puede ser á su vez, según es en el caso presente. Un notable crítico francés ha estudiado con análisis profundo esta influencia de los *salones* en la literatura de Francia; país en que tuvieron en los dos siglos anteriores al nuestro, sobre todo en el décimotavo, mayor importancia que en nación alguna.

Difícil sería no suscribir á la mayor parte de los argumentos que Brunetière expone para hacernos ver las ventajas que las letras reportan de la vida del *salón literario*; y aun más fuerza se advierte en las razones que nos da al señalar los inconvenientes de que se escriba pensando en que se ha de merecer el aplauso de las señoras.

Una literatura que necesariamente ha de ser sometida á la aprobación de las damas principales de un sarao, que al fin de saraos se trata, es probable que no peque contra aquella importante condición del arte á que consagró M. Martha todo un libro; pero en cambio propenderá al amaneramiento, á la falta de sinceridad; y lo que es peor de todo, á limitarse artificialmente por motivos convencionales, de etiqueta, de falso *buen gusto*, etcétera, etc. Por el *salón literario* se va á *Mari-vaux*, que vale mucho, pero que, si es bueno como *punto de parada*, es malo como camino; no se va á Dante, ni se va á Shakspeare, ni se va á Cervantes. Cierto es que del *salón literario* salió la Academia francesa, pero no es cosa segura que esto sea una recomendación.

Como es claro que entre nosotros no ha de prosperar mucho semejante costumbre, por la ley general de que no prospera aquí nada que suponga una actividad con un propósito constante, no hay para qué perder el tiempo examinando los caracteres que podría llegar á tomar nuestra literatura, si cundiera la moda, y arraigase, de hacer de las damas de un salón un público *previo* para los productos del ingenio.

Pero sí conviene indicar peligros de otro género, que aparecerían á poco, muy poco, que llegara á caer en gracia el nuevo ó renovado intento. En

España no hay para la literatura de salón *hablada*, en parte, de diálogo, de palique, el inconveniente que ya madama Staël señalaba á la conversación de los salones alemanes. El *esprit* chispeante, rápido, vibrado, inquieto, que interrumpe, que salta como una pelota de una en otra boca, es difícil, casi imposible con un idioma, el sentido de cuyas frases no puede ser declarado por completo hasta terminada la cláusula, pues á veces sucede que hasta su carácter afirmativo ó negativo se descubre al final de la oración. Nosotros no tenemos este inconveniente; en español *castizo* se puede hablar á medias palabras, llenando el diálogo de puntos suspensivos, sobrentendiéndolo casi todo; somos en este punto más *graciosos* (en el sentido rigurosamente estético de la palabra) que los mismos franceses. Se puede asegurar que en el *salón* español no faltaría el chiste, la graciosa ligereza y *nonchalance* del diálogo... Pero generalmente faltaría lo que les sobra á los alemanes y lo que suelen tener en justa medida los franceses: las *primeras materias*. La carencia general de estudios serios, extensos y profundos haría que la conversación (principalmente aquella en que intervinieran nuestras *damas* y nuestros políticos, periodistas ordinarios, etc.) degenerase pronto en verbosidad insustancial, semejante á la de cualquier tertulia animada, más ó menos aristocrática. Un príncipe *Pedro* ó un príncipe *Andrés* como los

de Tolstoï podrían hacer en nuestros salones literarios análogas observaciones á las que les causaban el tedio más profundo en los salones de la *grandeza* rusa.

Y aún no sería ese el mayor mal. Uno de los mayores defectos de nuestras costumbres literarias está en el *compadrazgo*, y en la excesiva confianza y en el trato familiar en que suelen vivir la mayor parte de los escritores. Se escribe la crítica como si se hablara delante del criticado y á instancia suya se le diese un parecer que la cortesía dictase. Un insigne escritor nuestro ha llegado á decir que jamás se debe juzgar á nadie en letras de molde en términos que no nos atreviéramos á exponerle á él cara á cara. Esto, á primera vista, puede parecer franqueza y valentía, pero, mejor mirado, yo creo que tiende á fomentar la hipocresía, la adulación, ó si no, la pedantería en el trato, las malas formas, casi, casi, la grosería social. Opino todo lo contrario de lo que dice el ilustre autor. Creo que en el trato social, particularmente si hay señoras delante, si estamos en una fiesta, en un lugar de recreo, ó si escribimos carta particular ó nos vemos en situaciones y momentos análogos, no debemos reprobar los malos sonetos de Oronte, como lo hacía el Misántropo. El famoso escritor inglés Samuel Jhonson dicen que tenía arranques de esta índole (*anfractuosidades*), asperezas y *franquezas* de esta

clase, que no son para imitadas, aunque pueden perdonarse á un Jhonson, á quien llamaba lord Chesterfield *el respetable Hotentote*. En una ocasión, un joven que no había podido conseguir que yo hablase de un poema suyo en un periódico, se arregló de manera que me obligó á ser su amigo y darle mi *opinión* en una carta. Yo procuré escaparme por la tangente, diciendo: —«Soy incapaz de decirle á nadie cara á cara que es menos poeta que Homero.»

A mi juicio no conviene, en general, para los más serios fines de la crítica, que los literatos sean demasiado amigos, se vean con mucha frecuencia y tengan el trato familiar que lleva á la pandilla, al compadrazgo. Los salones literarios vendrían á fomentar más todavía la ya excesiva benevolencia mutua de los escritores, que en nuestro país, en Madrid particularmente, se conocen y se alaban unos á otros (á lo menos en letras de molde) más de lo conveniente.

El ideal es claro que consistiría en que toda comunión social se extendiera y al mismo tiempo se hiciera más íntima, más *estrecha*, en el sentido de la intensidad del afecto; pero esto es el ideal, y así como es evidente que, á pesar de la humanitaria tendencia á reunir en un solo espíritu á todos los hombres, ello es que muchas veces conviene separarlos, para evitar contagios, podredumbres, fer-

mentos de vicios, así, por lo pronto, en la vida literaria española conviene que los escritores no lleguen á ser todos de la misma tertulia, para que el engaño del público no vaya en aumento. Como convendría que los gitanos que acuden á las ferias no se conocieran ni se estimaran tampoco. Y basta. *Intelligenti pauca.*

En rigor, en esta *revista* no he revisado nada y ya tengo que darla por concluída. No me queda tiempo más que para mencionar algunos libros, que bien merecerían detenido examen. La literatura que llamamos aquí festiva ha producido dos obras de muy amena lectura; una titulada *Salpicón*, de Cavia, un revistero de buen humor y de mucho ingenio, que tiene todas las cualidades de un verdadero literato; el otro libro á que aludo es *La vida cursi*, del fecundísimo Taboada, cuyos chistes inagotables son de la mejor cepa, porque no sólo sirven para revelar el ingenio del escritor, sino que nos dan el placer, cada día más raro, de la verdadera risa que alegra y refresca.

Antonio Valbuena ha publicado otro tomo de su *Fe de erratas*, libro de real importancia, del que no se puede hablar en cuatro palabras si se le ha de hacer la justicia que merece.

Por ser de quien es, hay que mencionar también los *Últimos escritos* del insigne Alarcón, obra póstuma. No pudiendo, como no puedo, hablar

hoy de este libro con el espacio suficiente para que el eufemismo ocupe todo el hueco que sus circunloquios necesitan, y no consintiendo el respeto más sagrado, el debido al gran talento y á la muerte, que se hable de este libro sin eufemismos, renuncio á todo examen de esos *últimos escritos*, que no son últimos, y me limito á recomendar el volumen como se recomienda una reliquia, y á aconsejar la lectura de los primeros capítulos, en los cuales el autor refiere varios viajes con la fuerza plástica y la gracia que eran características del poeta... en prosa de *La Alpujarra*.

En mi próxima revista acaso pueda hablar ya de obra tan importante como *Dolores*, la esperada y deseada colección de poesías de Federico Balart, de la cual ya puedo hacer cumplido elogio, por conocer, como todos los aficionados á la lírica, gran parte de su contenido.

También, dentro de un mes, se podrá decir ya algo de los nuevos libros de Castelar y de varias novelas de escritores tan notables como A. Palacio Valdés y Emilia Pardo Bazán.—Para otro día dejo asimismo algunas consideraciones acerca de la *obra magna* del Sr. Benot, que se propone publicar una prosodia... en tres tomos de cuatrocientas páginas. ¡Mil doscientas páginas de prosodia!



REVISTA LITERARIA

Resumen.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, segunda edición refundida y aumentada, por M. Menéndez y Pelayo.—Una noticia.—Asuntos aplazados: *Estudios psicológicos y estudios críticos*, por U. González y Serrano.—*La enseñanza de la Historia*, por Rafael Altamira.—*Ayala*, estudio político, por Conrado Solsona.—La conferencia del Sr. Vidart.—Novelas.—*La Fe*, por Armando Palacio Valdés.—Reparos á una obceción.—*Dos historias vulgares*, por J. Castro y Serrano.

MUCHO asunto, por fortuna, y poco espacio, por necesidad, exigen de mí en esta revista que, ya que no puedo valerme de la justamente alabada concisión de Tácito, logre la brevedad indispensable, dedicando á cada una de las materias que anuncio menos renglones de los que merecen todas.

Menéndez y Pelayo, que por juntarse en él cualidades que rara vez reúne un sólo crítico, debe